

# Geografía y cultura visual

## Los usos de las imágenes en las reflexiones sobre el espacio

Carla Lois  
Verónica Hollman  
coordinadoras



**UNR** Universidad  
Nacional de Rosario

Rosario, 2013

Geografía y cultura visual : los usos de las imágenes en las reflexiones sobre el espacio / Carla Mariana Lois ... [et.al.] ; coordinado por Carla Lois y Verónica Hollman. - 1a ed. - Rosario : Prohistoria Ediciones; UNR, 2013.

444 p.; 23x16 cm. - (Actas / Carolina Piazzi y M. Paula Polimene; 22)

ISBN 978-987-1855-36-0

1. Geografía. I. Lois, Carla Mariana II. Lois, Carla, coord. III. Hollman, Verónica, coord.  
CDD 910.82

---

Fecha de catalogación: 27/12/2012

Composición y diseño: mbdiseño

Edición: Prohistoria Ediciones

Ilustración de tapa: \*\*\*\*

Diseño de Tapa: \*\*\*

Este libro recibió evaluación académica y su publicación ha sido recomendada por reconocidos especialistas que asesoran a esta editorial en la selección de los materiales.

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS

HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

© Carla Lois y Verónica Hollman

© de esta edición:  Prohistoria Ediciones

Tucumán 2253, S2002JVA ROSARIO, Argentina

[www.prohistoria.com.ar/ediciones](http://www.prohistoria.com.ar/ediciones) - fb: [www.facebook.com/prohistoriaediciones](https://www.facebook.com/prohistoriaediciones)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.

Este libro se terminó de imprimir en \*\*\*\*, \*\*\*, Argentina, en el mes de \*\*\* de 2013.

Impreso en la Argentina

ISBN 978-987-1855-36-0

## Índice

<b>Prefacio</b> .....	11
<b>Introducción</b> .....	15
 <b>Sección 1</b>	
<b>Geografía escolar e instrucción visual</b>	
 <b>CAPÍTULO I</b>	
<i>La escuela como espectáculo.</i>	
<i>La producción de un orden visual escolar en la participación argentina en las Exposiciones Universales, 1867-1900</i>	
Inés Dussel.....	29
 <b>CAPÍTULO II</b>	
<i>Enseñar a mirar lo (in)visible a los ojos:</i>	
<i>la instrucción visual en la geografía escolar argentina (1880-2006)</i>	
Verónica Hollman .....	55
 <b>CAPÍTULO III</b>	
<i>Imágenes móviles y geografía en la enseñanza de temas ambientales</i>	
María Maura Meaca.....	79
 <b>Sección 2</b>	
<b>Formas de la nación: geografías imaginadas</b>	
 <b>CAPÍTULO IV</b>	
<i>El mapa argentino a través de los censos nacionales. (1869-2001)</i>	
Guillermo A. Velázquez, Andrea L. Vega .....	101
 <b>CAPÍTULO V</b>	
<i>La eternidad de lo provisorio.</i>	
<i>El sistema geográfico de Enrique Delachaux y el orden de las colecciones antropológicas en la Argentina</i>	
Irina Podgorny .....	129

## CAPÍTULO V

### **La eternidad de lo provisorio El sistema geográfico de Enrique Delachaux y el orden de las colecciones antropológicas en la Argentina**

IRINA PODGORNÝ

#### **Introducción**

Este trabajo nació en 1993 como “El sistema Delachaux”, un apéndice de la tesis doctoral presentada en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata. Ese anexo se limitaba a apuntar la necesidad de prestarle atención al sistema de clasificación de las regiones geográficas argentinas de Enrique Delachaux. Se trataba de un tema hasta entonces ausente de la historiografía sobre la antropología en la Argentina, a pesar de haber modelado el orden dado a las colecciones de los museos y organizado los capítulos referidos al pasado remoto y reciente de las sociedades aborígenes en los manuales de enseñanza básica y superior. No solo eso: quizás, en ese sistema, se podían encontrar algunas claves para entender el momento de inflexión cuando la práctica de la antropología y la arqueología en la Argentina empezó a pensarse en términos geográficos, abandonando su carácter de ciencias históricas y su preocupación por el tiempo.

Poco después, un artículo de la revista *Manguinhos* exploraba los derroteros de este sistema. Enmarcado en la historia de los museos, aún discutía con la bibliografía producida para los lectores del campo de la antropología argentina (Podgorny, 1999 b). Ese ensayo, a pesar de destacar el carácter provisorio y contingente de la adopción del sistema Delachaux, no dejaba de trasuntar cierto valor instrumental de la ciencia, de los museos y de sus colecciones en aras de la fundación de la nación y la nacionalidad. Marcado por las lecturas de esos años, la antropología y la arqueología se anclaba en el marco de *Imagined Communities, Nations and Nationalism* y en la relación “positivismo y Nación” revelada por los trabajos de Oscar Terán en los inicios de la década de 1990.

Contrariamente a la tendencia que ha hecho del nacionalismo en la arqueología un modo de vida y una fuerza motora de esta disciplina (cf. Díaz Andreu, 2007), desde hace más de diez años ese marco nos resulta insuficiente por distintas razones (Podgorny, 2000). Por empezar, los trabajos de Terán discutían con las versiones más arraigadas en la historia de las ideas argentinas, donde se abundaba en el tópico de las tendencias extranjerizantes y la supuesta imposibilidad de la llamada “generación de la década de 1880” para pensar la Nación. Aunque Terán, con fineza y sensibili-

dad, incorporaba discontinuidades y rupturas en la lectura de textos antes vistos como monolíticos, sus interpretaciones y métodos no podían trasladarse a la historia de las ciencias, algo que Terán, por otro lado, jamás pretendió. La confusión, para muchos, puede haber residido en esa simplificación que todavía insiste en equiparar práctica científica con positivismo e impide acercarse al fin de siglo XIX sin caer en ese lugar común, que explica todo sin agregar nada.

Por otro lado, el análisis de unas pocas obras de los pensadores del fin de siglo argentino, sin trabajo de archivo ni compulsas históricas, más que iluminar, oscurecía el escaso conocimiento existente sobre las prácticas científicas finiseculares. Más aún, el énfasis puesto en las ideas –a pesar de la complejidad foucaultiana de los análisis de Terán y su cuestionamiento a la mera idea de autor– no hacía más que ocultar el carácter colectivo y el carácter material de la cultura científica. Museos y colecciones no podían ser leídos como texto ni como obra o resultado de un pensador (Farro, 2009). Aunque Terán había enseñado que nos cuestionáramos la autonomía del sujeto, muchos prefirieron entender que la producción textual, visual o material de fines del siglo XIX nos hablaba directamente y que la historia, en realidad, sobraba. Otros prefirieron leer a Terán desde un tópico muy característico de los inicios de la década de 1980: la ciencia representaba un mero reflejo de la política y de un aceitado plan de construcción del Estado nacional.

Sin embargo, la lectura de los documentos y las fuentes empezó a ofrecer otros indicios. Las colecciones y los museos de la Argentina, lejos de haber surgido de un plan que les habría dado forma para nacionalizar o disciplinar a los ciudadanos, representaban, en realidad, sedimentos de sucesivos o simultáneos proyectos fracasados, reformulados, abandonados o exitosos. Pero sobre todas las cosas, mostraban su íntima dependencia de pequeñas negociaciones, favores o lábiles alianzas personales, atadas a iniciativas de dudosa supervivencia o de una financiación siempre a punto de naufragar, ora en las cámaras parlamentarias, en la oficina de algún burócrata o en las crisis político-financieras. Los científicos, más que legitimar la política nacional o el grado de civilización alcanzado por la Argentina, frecuentemente debieron demostrar qué sentido tenía gastar dinero en ellos. El oportunismo de algunos personajes para poner a disposición de quien potencialmente pudiera pagar por ello, sus destrezas para clasificar piedras, huesos o cacharros, habla de otra cosa: la falta de legitimidad de la práctica de estas ciencias, permanentemente convocadas para demostrar su utilidad para poder sobrevivir en un universo que podía funcionar sin ellas. Muchos aceptan que sin nacionalismo, colonialismo o imperialismo no hubiese habido arqueología y han dedicado todo su esfuerzo a consolidar este argumento. Singularmente, y a diferencia de los trabajos de Terán, este tipo de enfoque adoptó, asimismo, un tono de reproche moral y de disgusto acerca de cómo fueron las cosas. Si la década de 1980 nos cansó con la muletilla “matar al padre”, los historiadores del futuro se sorprenderán cómo ese mandato, sin quererlo, derivó hacia el regodeo de contar una y otra vez la desilusión frente al pasado.

La búsqueda de héroes y villanos, las teleologías sobre el destino nacionalista y la misma retórica sobre la ciencia reinante a fines del siglo XIX han tenido, por lo menos en la Argentina, la virtud de esconder la fragilidad de las instituciones científicas (Podgorny y Lopes, 2008). Una debilidad que, vale subrayar, tampoco es específicamente local: por el contrario, pertenece a la dinámica de la investigación, donde el interés de los científicos se contrapone a la demanda de utilidad, rédito o gloria por parte de quienes los financian. Este reclamo, hacia inicios del siglo XX, se transformó en un imperativo ligado a la instrucción pública (cf. García, 2010). El tema de este trabajo, la adopción del sistema Delachaux para ordenar las colecciones antropológicas de los museos argentinos, debe situarse en ese marco de tensiones entre instituciones de investigación y de enseñanza. Por otro lado, como intentaré mostrar en las líneas que siguen, los museos, a través de sus colecciones y sus vitrinas constituyeron espacios de consolidación de criterios de organización de las disciplinas que allí se cobijaban. Los científicos y el personal de los museos más que agentes de una idea, aparecen como funcionarios, burócratas acostumbrados a llenar formularios por la repetición de las rutinas de sus trabajos, quienes, por el mero acto de ordenar los objetos que custodían, colaboran en la sedimentación de formas que terminan dando entidad natural a categorías surgidas del arte de la administración (Cf. Podgorny, 2010).

#### **Administración y artefactos**

Franz Boas, en su ensayo sobre los principios rectores de la administración de los museos, expresaría esa tensión surgida de su triple función como instituciones de investigación, de educación o de entretenimiento (Boas, 1907). Contrariamente a muchos de nuestros contemporáneos pero en una línea similar a la expresada por Joerges (1999, Podgorny, 2005 a), Boas sospechaba de la eficiencia educadora de los objetos exhibidos en los museos de las grandes ciudades. Atraídos por la expectativa de entretenimiento, los visitantes apenas reparaban en el orden o en las concepciones que sustentaban la disposición espacial de las vitrinas o las salas. Mientras una de las máximas rectoras de la museología de fin de siglo definía al museo como la instalación de etiquetas ordenadas e ilustradas por especímenes, en realidad, señalaba Boas, el público solo miraba estos últimos, sin prestar atención a la información conexas. Boas no rechazaba la función de entretenimiento pero, con un realismo poco frecuente en la literatura, aceptaba la poca predisposición al estudio y a la concentración de esas masas que entraban en el museo para pasar la tarde del domingo, al abrigo del sol o del frío. No se trataba de modificar esa tendencia sino de trabajar sobre ese presupuesto sin mentirse ni alimentando las fantasías de los pedagogos y sus mecenas. Al mismo tiempo, desdeñaba la tendencia a popularizar sobreestimando las capacidades del público, estimulando la idea que la formación científica era innecesaria y que, para comprender el mundo de la ciencia, alcanzaba con un poco de sentido común. Lejos de apoyarse en la lógica de la visualidad y en las lecciones de los objetos (cf. Jenkins, 1994), Boas (1907: 923) insistía: la exhibición debe apuntar a que el visitante no se

convenza que, por el solo hecho de mirar, ha aprendido todo. Detrás de una colección había mucho por estudiar. El museo, en todo caso, podía, eventualmente, despertar esa conciencia. Es decir, las colecciones debían enfrentar al público con su ignorancia para obligarlo a salir de ella a través del estudio.

El problema se hacía evidente con los objetos antropológicos, esas cosas hechas por los diferentes pueblos del mundo (instrumentos, utensilios domésticos, objetos ceremoniales), cuyo significado procedía de las prácticas y las ideas urdidas a través de un uso cotidiano inédito para el visitante. La observación y la comparación con formas similares a las conocidas podía llevar a la falacia de atribuir funciones a las cosas según la propia experiencia cultural. Más aún, Boas planteaba el problema de acostumbrarse a presentar la vida religiosa de un pueblo a través de objetos: ¿a qué conclusiones se llegaría si los ritos del pueblo en cuestión no requerían de ellos? El mismo problema surgía con los objetos arqueológicos: la destrucción y la degradación hacían que la cultura material sobreviviente no representara ni remotamente la complejidad de la cultura desaparecida en el pasado. En ese sentido, en los objetos estaban ausentes las conexiones históricas entre las culturas, las prácticas y la psicología. Toda colección no hacía más que esconder su carácter esencialmente fragmentario y distraer al público y a los administradores de los museos del verdadero objeto de la antropología. La clasificación sistemática de los especímenes de la colección –para Boas expresiones incidentales de procesos mentales complejos– se volvía artificial, engañosa y, por lo tanto, superflua. Las culturas jamás se podrían concebir en base a especímenes.

Boas, en ese artículo, discutía con George Dorsey, encargado de las colecciones del Field Museum de Chicago quien, luego de una visita a las salas antropológicas del *American Museum of Natural History* de Nueva York, las había tachado de triviales. Dorsey cuestionaba, además, el retiro de la mayoría de las piezas y su envío a depósitos (Dorsey, 1907, cf. Jacknis, 1985). Como señala, Jenkins (1994), desde el punto de vista de Dorsey, la cuestión de la visibilidad de las colecciones a través de la exhibición parecía fundamental para el desarrollo de las ciencias antropológicas. Sin embargo, este argumento olvida el problema central de los museos y las colecciones antropológicas de los inicios del siglo XX y del que Dorsey participaba activamente. Por un lado, como para Boas (1907: 931), la investigación antropológica debía empezar a liberarse de la compulsión a la acumulación de especímenes. Por otro, como ocurría en Berlín, las colecciones saturaban los espacios e impedían la mera concreción de cualquier programa de pesquisa y de visualización de la variación cultural de la humanidad (cf. Penny, 2002). En Inglaterra y otros países, los museos empezaron a verse como el depósito de “pruebas asesinadas” (cf. Podgorny, 2008a), los monumentales edificios, como el impedimento más serio para la práctica de las ciencias (Petrie 1904, Boas 1907, Meyer 1900). La fotografía, los formularios o las fichas de cartón, tales como las utilizadas en el Field Museum para registrar la entrada y el movimiento de las piezas, se celebraban, en cambio, como la gran novedad que permitiría proce-

sar la gran cantidad de datos y objetos ingresantes en las colecciones (Meyer, 1900, Dorsey, Podgorny, 2009, Petrie, 1899/1900, Jenkins, 1994). La visibilidad, en este sentido, no surgía de la colección o de los objetos en sí sino de los catálogos y de las coordenadas otorgadas a los objetos en el papel y en el espacio del museo (cf. Kelly y Podgorny 2012).

La crítica de Dorsey a Boas debe ligarse entonces a las disputas en la antropología estadounidense de esos años, ya analizadas por diferentes autores (Hinsley, 1981). Boas había echado por la borda la posibilidad de un orden evolucionista de los materiales (Jenkins, 1994; Jacknis, 1985; Boas, 1907), y aunque no descartaba las áreas culturales, se basaba en unidades más cercanas a las constelaciones de ideas y prácticas que empezaba a definir como “culturas”. Si el orden dado a las colecciones antropológicas revela cómo esas cosas cobraron significado para los grupos que en el siglo XIX empezaron a disponer de ellas, como varios autores han comentado, ese orden, a partir de las postrimerías del siglo XIX se torna el imperativo más importante del trabajo en los museos. Será esta tarea la que va a modelar la manera de concebir las relaciones entre los objetos y los agrupamientos posibles, definiendo las unidades de estudio en el seno de las ciencias antropológicas. Boas, con sus propuestas, intentará proponer unidades surgidas no del orden burocrático del museo sino del estudio de un universo mayor, incluyendo aquello que denominaba “psicología” de los pueblos. En el caso estadounidense estas disputas no pueden separarse de la consolidación de determinadas maneras de hacer antropología en las distintas instituciones de ese país, donde la experiencia de campo va a empezar a ocupar un lugar central. En cambio, las propuestas adoptadas en la Argentina se vinculan al problema del que Boas intentaba independizarse: la administración y el orden de las colecciones, en un contexto de inseguridad sobre la antigüedad de los estratos de la geología sudamericana (cf. Podgorny, 2005 b, 2011).

#### **El Sistema Delachaux y la organización de la Sección Antropológica del Museo de La Plata**

En los inicios del siglo XX, tres instituciones de Buenos Aires albergaban colecciones antropológicas en sentido amplio: el Museo Provincial de La Plata, el Museo Nacional de Buenos Aires y el Instituto Geográfico Argentino (Podgorny y Lopes, 2008). Quizás por los problemas de espacio del segundo y la corta vida del tercero, sería en La Plata donde se planteó el problema del orden sistemático de las colecciones (Podgorny, 2009), con varios modelos en juego: un orden que implicara la temporalidad y el desarrollo histórico, y una visión que no incluyera la dimensión temporal ya fuera desde un criterio raciológico, lingüístico o geográfico.

En los primeros diseños del Museo de La Plata, Francisco Pascasio Moreno había dedicado una sala a la Antropología, otra a la “edad de la piedra y del hombre nómada”, una tercera a la “edad de la piedra pulida” y una cuarta a la “cerámica”, en un esquema que presuponía el desarrollo de las fases de la humanidad en la Argentina

y en América (Moreno, 1890). En ese plan la antropología ocupaba un papel central en la retórica del director, pero pronto, a raíz de la competencia personal establecida con Florentino Ameghino, fue reemplazada por la paleontología de mamíferos (Fericola, 2011, Podgorny, 2002 a, 2005b, Podgorny y Lopes, 2008). A pesar del lugar común que insiste con la supervivencia hasta nuestros días del “museo de Moreno”, el plan original nunca llegó a consolidarse. Más aún: entre el plan de la década de 1880, sus diversas inauguraciones a lo largo de esos años, y los momentos previos a la transformación del museo en un instituto de la Universidad Nacional en 1905-6, Moreno modificó repetidamente sus objetivos y planes para adaptarse a los cambios del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires y a las posibilidades de financiación que entrevía para la continuación de la institución de la que se había hecho nombrar director perpetuo (cf. Farro, 2009).

Durante la dirección de Francisco Moreno, las áreas de investigación dedicadas a los aborígenes americanos se organizaron en una “Sección”: la de Antropología y Arqueología, inicialmente a cargo de Hermann ten Kate (Farro, 2009, Podgorny, 2006). Desde 1897 y hasta 1930 la responsabilidad de la misma recayó en Robert Lehmann Nitsche, quien adoptó un criterio de presentación de los materiales que se distanció del de Moreno. En efecto, en el catálogo de la Sección Antropológica, Lehmann-Nitsche (1910) explica el porqué de la adopción en 1900 de un ordenamiento geográfico siguiendo las ideas de Enrique Delachaux sobre las regiones geográficas del territorio argentino:

“Como de buena parte de las piezas no se conoce su pertenencia a tal o cual tribu y solamente su procedencia territorial, elegí por base de clasificación el principio geográfico. Deseaba encontrar una división del país en regiones que correspondiera tanto a las zonas naturales físico-geográficas como a las divisiones políticas... Sé perfectamente que lo que yo anhelaba, es decir una correlación entre las zonas naturales y las zonas políticas, en realidad no existe de un modo bien marcado y sólo aproximadamente; pero cuando un sistema corresponde sólo aproximadamente a los hechos, es suficiente para una clasificación, la que de todos modos es artificial como indispensable para los fines de un catálogo. Los límites naturales entre dos zonas, nunca están marcados, pero sí los políticos, y como para los fines de un catálogo se necesitan límites fijos, es menester tomar como base de división las provincias o territorios. Prefiero, pues, para un catálogo la división defectuosa del señor Delachaux que deja íntegras las provincias políticas (Santa Fe y Santiago del Estero), base de nuestra clasificación de la república Argentina. Según este sistema, tengo arreglada desde hace más de diez años la sala antropológica” (Lehmann-Nitsche 1910: 12)

Lehmann-Nitsche anhelaba una correlación entre las zonas naturales y políticas y eligió la clasificación de Delachaux frente a la de Moreno precisamente porque respetaba la integridad política de las provincias que las componían (Tabla V- 1)

**TABLA V-1**  
**División de la Republica Argentina según Delachaux y Moreno**

<b>Enrique A. S. Delachaux</b>	<b>Francisco P. Moreno</b>
<b>Región Hidrográfica del Plata:</b> Formosa, Chaco, Sgo. del Estero, Santa Fe, Misiones, Corrientes, Entre Ríos.	<b>Región Chaqueña:</b> Formosa, Chaco, partes de Santa Fe y de Sgo. del Estero.
	<b>Región Paranaense:</b> Misiones, Corrientes, Entre Ríos, parte de Santa Fe.
<b>Región Mediterránea:</b> Córdoba, San Luis	<b>Región Central:</b> Córdoba, San Luis y parte de Santiago del Estero.
<b>Región Pampeana:</b> Buenos Aires, Pampa Central	<b>Región Pampeana:</b> Buenos Aires, Pampa Central, parte de San Luis.
<b>Región Andina:</b> Jujuy, Andes, Catamarca, San Juan, La Rioja, Mendoza, Neuquén	<b>Región Andina:</b> Jujuy, Andes, Salta, Tucumán, Catamarca, Catamarca, Mendoza, La Rioja, San Juan, Neuquén
<b>Región Patagónica:</b> Río Negro, Tierra del Fuego.	<b>Región Patagónica:</b> Río Negro, Chubut, Santa Cruz, Tierra del Fuego

Sin embargo, el sistema Delachaux no se había hecho para ordenar las colecciones. Enrique A. S. Delachaux, futuro Director de la Escuela de Ciencias Geográficas del Museo de La Plata de la nueva Universidad Nacional, había nacido en Suiza en 1864, y se había nacionalizado argentino a su llegada al país en 1888. Según la nota necrológica de la *Revista del Museo de La Plata* (1908), Delachaux había estudiado dibujo y matemática en Iverdom, para luego frecuentar cursos de la Sorbonne y del Museo de Historia Natural de París. Durante su estadía en Francia, integró el “Bureau Géographique”, donde colaboró en diversas obras geográficas y cartográficas (Delachaux, 1907: 7). Se integró al Departamento de Ingenieros de la provincia de Buenos Aires y de allí pasó al Museo de La Plata para formar parte del grupo de “trabajadores del Museo” (Moreno, 1890) como responsable de la sección de Geografía y con intencio-

nes de publicar un gran atlas de la República Argentina. En ese marco elaboraría su clasificación científica del territorio argentino.

En 1896, cuando Moreno fue nombrado perito en el conflicto con Chile, Delachaux empezó a dirigir la sección cartográfica. Hasta 1903 ocupó la secretaría de la comisión demarcadora; en 1904 fue designado catedrático en Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires y jefe de la sección cartográfica del Instituto Militar del Gran Estado Mayor. En 1906 fue nombrado profesor en la Universidad Nacional de La Plata, donde además fue consejero académico del Museo y delegado ante el Consejo Superior. La Escuela de Geografía de la Universidad que él dirigía, propendía a la educación de geógrafos argentinos con formación científica para “el levantamiento del territorio y la clasificación metódica de sus riquezas naturales desde las reparticiones públicas dedicadas a ese fin” (Delachaux, 1907: 13).

En 1900 Lehmann-Nitsche adoptaba la clasificación de Delachaux para ordenar y presentar restos esqueléticos y cráneos de procedencia imprecisa. Pero para 1910 Lehmann-Nitsche consideraba que tal clasificación basada en el “suelo” era útil no sólo para ordenar “grupos humanos somáticos”, sino también “grupos humanos psíquicos y sociales (ergológicos), colecciones arqueológicas y etnológicas en los museos argentinos, clasificaciones botánicas, zoológicas, geológicas y mineralógicas, todas de procedencia argentina” (Lehmann-Nitsche, 1910: 14). Siempre según Lehmann-Nitsche (1910: 12) su consulta sobre cómo clasificar el territorio argentino fue el origen del sistema que Delachaux elaboraría poco antes de morir. Este sistema divergía en algunos puntos con respecto al que había sugerido en 1900 y las regiones se agrupaban de una manera algo distinta (Delachaux, 1908: 131):

#### **Sistema de Delachaux (1908)**

##### *Región Litoral u Oriental:*

Sección a: Gobernación de Formosa/ del Chaco.

Sección b: Gobernación de Misiones, Provincias de Corrientes/ Entre Ríos.

Sección c: Provincias de Santa Fe y de Buenos Aires.

##### *Región Mediterránea o Central:*

Provincias de Santiago del Estero, Córdoba y San Luis, Gobernación de La Pampa.

##### *Región Serrana u Occidental:*

Sección a: Provincias de Jujuy, Salta, Tucumán y Gobernación de los Andes.

Sección b: Provincias de Catamarca, La Rioja, San Juan y Mendoza; Gobernación del Neuquén.

##### *Región Patagónica o Austral:*

Gobernaciones del Río Negro, del Chubut, de Santa Cruz y de la Tierra del Fuego.

Imagen V - 1



Relación de los límites políticos con las Divisiones Físicas de la República Argentina (tomado de Delachaux 1908)

Delachaux (1908: 102-114) presentaba, además, las diversas clasificaciones del territorio que le antecedieron, mencionando en cada caso los aspectos insuficientes de las mismas. Así cita y objeta las clasificaciones de Woodbine Parish, Víctor Martín de Moussy, Hermann Burmeister, Richard Napp, la división en regiones naturales que figura en el censo de 1895 y la adoptada por la oficina meteorológica nacional. Por otro lado, define, como problema central de la clasificación natural de la República Argentina, la relación entre sus dos aspectos físicos “fundamentales”: las llanuras y las cordilleras. Lo que su sistema resuelve es precisamente distinguir qué parte del territorio se adscribe a la llanura y cómo debe considerarse a la Patagonia. La clasificación “natural” del territorio argentino se hacía coincidir con la división política del mismo, a pesar de reconocerse que esta decisión es arbitraria.

Este trabajo se publica en 1908 como un homenaje póstumo al Director de la Escuela de Geografía, fallecido ese mismo año. Aparece en la segunda serie de la *Revista del Museo de La Plata*, cuando ya el Museo era universitario y Samuel Lafone Quevedo ocupaba el doble cargo de Director/Decano de la facultad. Hay que subrayar que durante la dirección de Samuel Lafone Quevedo (1906-1919), el Museo de La Plata no modifica el diseño de exhibición. También es verdad que varias de las salas dedicadas en el plan de Moreno a la exhibición son ocupadas por las dependencias de la nueva facultad: aulas y laboratorios para las escuelas de química y farmacia, para la escuela de dibujo y geografía, para el doctorado en Ciencias Naturales y para las cátedras de correlación (García, 2010). Durante la dirección de Lafone Quevedo, Lehmann Nitsche continuó a cargo de la sección Antropología. Las colecciones que luego constituirían el Departamento de Arqueología y Etnografía pertenecieron a dicha sección hasta 1912, cuando se creó el departamento que se coloca bajo la jefatura del abogado e historiador Luis María Torres.

Como parte de las actividades de extensión universitaria de la Universidad de La Plata, en 1907 se inicia la publicación de la “Biblioteca de Difusión científica del Museo de La Plata”, bajo la dirección del arqueólogo e historiador Félix Outes. El Tomo 1 se dedica precisamente al problema de la clasificación de un museo antropológico, con la edición de “Métodos y propósitos en Arqueología” (traducción de A. Costa Álvarez de la obra del egiptólogo inglés William Flinders Petrie, W.M 1904 *Methods and aims in Archaeology*); “Las sucesiones de los restos prehistóricos” (traducción de Flinders Petrie, W. M. 1900 “Sequences in prehistoric remains”, tomado del *Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, 29: 295-301, Londres); y “Clasificación y arreglo de las exhibiciones de un museo antropológico” (traducción de los trabajos del encargado de las colecciones antropológicas del Nacional Museum de Washington, William H. Holmes, 1903, “Classification and arrangement of the exhibits of an Anthropological Museum”, *Reports of the U.S. National Museum under the direction of the Smithsonian Institution, for the year ending June 30, 1901*: 253-278. Washington, 1903 y reproducido en el *Journal of the Anthropological Institute*

*of Great Britain and Ireland*, 32: 353-372, Londres, 1902). Las dos últimas fueron traducciones de Samuel Lafone Quevedo.

Precisamente, en estas obras se apuntaba a reformular los criterios de ordenamiento para evitar el continuo “asesinato” de evidencias a raíz de una mala administración de las colecciones. Petrie proponía modos de seriación y ordenamiento cronológico de los materiales, abogando por una arqueología moderna basada en la creación de “antigüedades portátiles” (fotografía, planos, registros, protocolos de excavación), la preservación en papel de los conjuntos de los objetos extraídos de las tumbas y la transformación del museo en un repositorio ordenado destinado a la preservación contextualizada de las pruebas científicas (cf. Podgorny 2008 a, b, 2009).

Pero mientras Petrie inisitía en la seriación de las secuencias cerámicas y de los esqueletos, el trabajo de Holmes haría énfasis en un orden geoétnico de las colecciones y en la presentación de “grupos”, uno de los dispositivos de exposición cuestionados por Boas en su artículo de 1907. (sobre Holmes, ver Metzer y Dunnell, 1992) Holmes, contrariamente a Boas, confiaba en que la historia de la humanidad podía ser tratada en un museo con “lucidez y éxito” tanto en lo referido a la antropología física como a la antropología de las manifestaciones de la cultura, el tema de su trabajo. Y también, en oposición a Boas, consideraba que la clasificación de las colecciones en unidades mayores a las de las tribus o naciones y diferentes a las de raza se volvía la prioridad de todo museo. Holmes afirmaba: la cultura varía más con la región que con la raza o nación; así como es muy significativa la relación entre ella y el ambiente donde se produce, el clima y de las producciones naturales del lugar. Los artefactos de la cultura pueden ser reunidos en áreas geográficas que “nada tienen que ver con las delimitaciones políticas y prescinden en un todo de la civilización moderna” (Holmes, 1903 244). El mapa de las regiones geoétnicas de América del Norte así lo reflejaba (Imagen V- 2): cada una de las regiones geoétnicas atravesaba sin tapujos los límites entre estados nacionales y federales.

Imagen V - 2



Fig. 5. — Mapa de la América del norte. Indicando en forma general las provincias geotónicas

Mapa de América del Norte, indicando en forma general las provincias geotónicas (Holmes 1903, traducido por la Universidad de La Plata-Biblioteca de Difusión Científica)

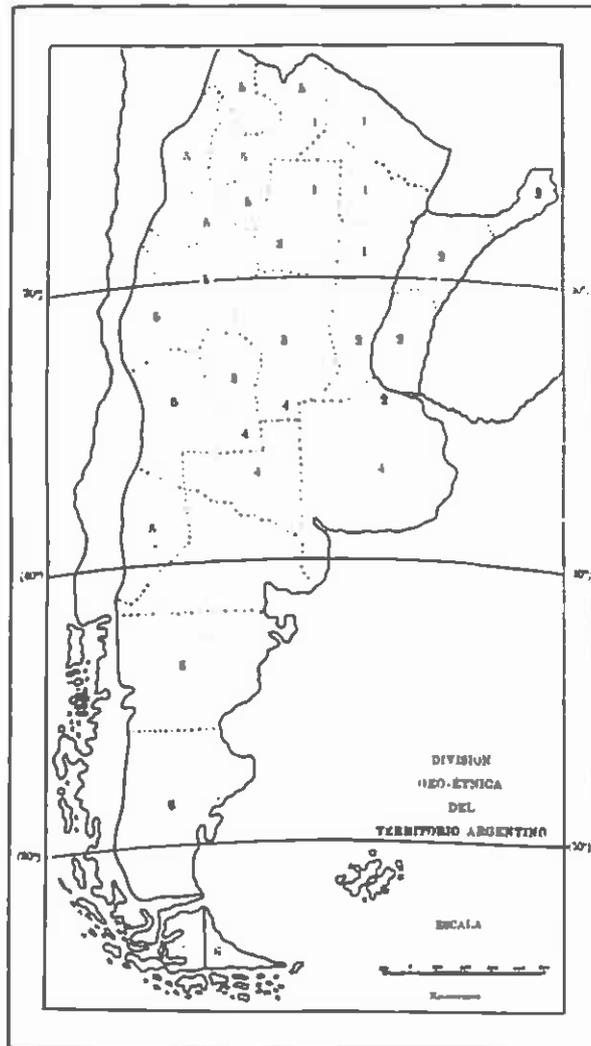
Siempre según Holmes, en el espacio que se le asignara en el museo a cada uno de los grupos geográficos debía reunirse todo lo que el área hubiese producido, sin importar la raza, estado de cultura, nación o época de la que se tratase pero eliminando los elementos de la civilización-- que no se regía por los mismos principios. Los materiales no hacían más que ilustrar los territorios geoétnicos. Holmes proponía que estas áreas se organizaran alrededor de “grupos o modelos de bulto” que representaran familias del área en sus ocupaciones diarias, en cuyo entorno se irían disponiendo vitrinas con las series de objetos que ilustraran su vida cotidiana, también dispuestas de manera jerárquica: primero la vivienda en miniatura, acompañada de sus artes culinarias, sus utensilios. A la par del material etnológico, debían colocarse ejemplares de la arqueología del área y los restos de las épocas prehistóricas. Holmes no dejaba de lado la posibilidad de ordenar las colecciones siguiendo líneas de historia cultural, acompañando el desarrollo de una determinada industria y pasando por encima de las diferencias regionales. Estas dos tendencias, la geográfica y las secuencias de desarrollo ergológico habían contado con el favor de distintos museos etnográficos europeos (cf. Dias, 1991, Penny, 2002). La formulación del criterio geoétnico a la estadounidense no dejaba de tener cierta impronta de la antropogeografía alemana y la vieja distinción entre *Natur- und Kulturvölker*.

La traducción de Holmes venía a ratificar el problema que los prehistoriadores estadounidenses pregonaban desde el siglo pasado: la imposibilidad de trasladar a América las etapas tecnológicas que definían y clasificaban la prehistoria europea (Paleolítico, Neolítico, Edad del Bronce y Edad del Hierro). Esa imposibilidad norteamericana había sido ajena para los argentinos que, autodenominados “los franceses de América del Sur”, habían trasladado las unidades de la prehistoria al pasado profundo sudamericano (cf. Podgorny, 2009), tal como se ve en las salas del Museo de La Plata según el plan de Moreno (1890). La reformulación de Lehmann-Nitsche, aceptada por Moreno, dejaba esta secuencia de lado y empezaba a señalar, con resonancias a los planteos de Holmes, que “las condiciones o peculiaridades del medio físico corresponden con ciertos rasgos étnicos ya evidenciados” (Torres 1906: 384).

Pero sería Luis María Torres (1878-1937), a cargo de las colecciones arqueológicas del Museo de La Plata, quien llevaría esta posibilidad a las colecciones arqueológicas argentinas. En 1906 volvería a listar las regiones de Delachaux, ordenándolas de norte a sur, como proponía Holmes para su museo, pero sin reparar que, al repetir el rumbo propuesto en los Estados Unidos, estaba invirtiendo el camino de las zonas frías a las tórridas para ir de lo hiperbóreo a la Patagonia.

**Imagen V - 3**

TOBRES: COLECCIONES ARQUEOLÓGICAS. 355



ANAL. Mus. Nac. Bs. As., SER. 8°, T. VI, AGOSTO 28, 1906. 25

División Geoétnica del Territorio Argentino, tomado de Torres 1906

Torres, abogado graduado en la Universidad de Buenos Aires, en 1901 había ingresado en el Museo Nacional de Buenos Aires como adscripto de la Sección de Arqueología, en 1903, se incorporó a la Junta de Historia y Numismática Americana y, en 1905, a la Sección Arqueología del Museo de La Plata. Intervendría, además, en la organización de los estudios históricos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El tipo de instituciones por las que transita Torres da una aproximación al tipo de cruces que existían entre arqueología, antropología e historia en la época de la institucionalización de estas ciencias. Por otro lado, los temas que se discuten muestran que la circucción de sistemas y maneras de clasificación poco se relacionan con escuelas o estilos nacionales de hacer antropología: el sistema de un suizo francés, formado en París, es modificado por un médico prusiano formado en Baviera, con ecos de una clasificación acuñada en los Estados Unidos para discutir con los modelos de la clasificación de las etapas tecnológicas de la prehistoria de cuño francés. Así, la clasificación geográfica adoptada por Lehmann-Nitsche para ordenar las colecciones de antropología física será transformada en “geoétnica” por el quehacer de Torres en la sección arqueología del Museo de La Plata. Este nuevo ordenamiento no solo borraba el orden cronológico, se hacía contradiciendo varios de los principios que se decían instaurar: el respeto por los límites políticos y la separación de las colecciones físicas de las culturales. Además, no puede dejar de destacarse que el edificio y las salas del Museo de La Plata no se reformaron, como proponía Holmes, al ordenamiento de la cultura y los pueblos. Sin embargo, las fichas que propuso Torres para ordenar el ingreso de colecciones empezaron a imponer una realidad de la región a la que subordinaba el período y categorías que habrían causado pesadillas en los sueños de Boas de acabar con la antropología de especímenes (Ficha)

**Ficha propuesta por Luis María Torres en 1906**

**Museo**  
**Sección Arqueológica**  
**Industria**  
**Región**  
**Localidad**  
**Número**  
**Período**  
**Clase**  
**Tipo**  
**Variedad**  
**Observaciones**

Puede decirse que Lehmann-Nitsche y Torres, al igual que Moreno, se enfrentaron a las colecciones que habían llegado y continuaban llegando al Museo a través de las más diversas estrategias (Farro, 2009). El tópico del control o de los museos como dispositivo de disciplinamiento del Estado pierde peso cuando el análisis comprueba que las colecciones depositadas en los museos se parecían más a cambalaches que a la eficiencia de los grandes almacenes o a las ficciones de Orwell. Ese *bric-à-brac*, como Lafone Quevedo llamaría a las prácticas vigentes en la arqueología de su época (cf. Podgorny, 2008 a), redundaba en la acumulación de objetos sin procedencia y desprovistos de toda información relevante. Los encargados de crear catálogos en la Argentina ordenaron las colecciones “como pudieron”.

Sin embargo, la circulación y la reformulación, en los primeros años del siglo XX, de diferentes propuestas de clasificación remiten a un problema planteado a nivel global y resuelto de diferentes maneras. En La Plata, el desorden del origen se disimuló fijándose en los límites arbitrarios de la división política de las provincias y los territorios argentinos, transformados en regiones geoétnicas que, gracias a las prácticas del catálogo y del archivo, fueron adquiriendo entidad “natural”. Con esto quiero decir: si, como comenta Jakob Tanner, el archivo tiene capacidades performativas, llenar repetidamente el tipo de fichas que proponía Torres, daba forma a la existencia de la región, por lo menos para Torres y sus escribientes. Esta afirmación no carece de consecuencias: para entenderla, las prácticas de la ciencia deben pensarse muy cerca de los actos automáticos de la burocracia y los científicos, más que como intelectuales orgánicos, como empleados o funcionarios de la misma (cf. Podgorny, 2007, 2010, Schäffner, 2010). Quizás no sea inoportuno recordar, además, que los procedimientos de la burocracia tienen una dinámica propia, gozan de la independencia de los automatismos y sobreviven en el tiempo, atravesando procesos políticos y sociales. Una historia de las prácticas burocráticas de la ciencia obliga a pensar en periodos diferentes a los dados por las biografías, las ideas o los proyectos institucionales.

Ahora bien, lo afirmado en el párrafo anterior no necesariamente deriva en que el orden de las colecciones del Museo de La Plata fue descifrado o, menos aún, interiorizado por el público visitante. Quizás haya ocurrido, pero faltan aún las investigaciones que puedan demostrarlo. Sin embargo, no hay dudas del éxito del sistema Delachaux y de su adopción como modelo geoétnico para la descripción de los indígenas argentinos: desde la experiencia en las escuelas argentinas y desde las bibliotecas, nos contemplan miles de mapas publicados -a color o en blanco y negro- en los manuales escolares. Desde 1910, los indios, su pasado y su presente, se ordenan por regiones (Podgorny, 1999) y hoy es difícil discutir esa identidad geográfica de las culturas indígenas argentinas. Pero, teniendo en cuenta las precauciones de Boas, sostenemos que el éxito del sistema geoétnico no es una lectura directa de la visita al museo sino que tuvo dos espacios privilegiados: el primero, el del catálogo de las colecciones, ese dispositivo creado por los mismos arqueólogos. El personal de los museos y los ocasionales discípulos (cf. Podgorny, 2004) fueron interiorizando esa clasificación por el

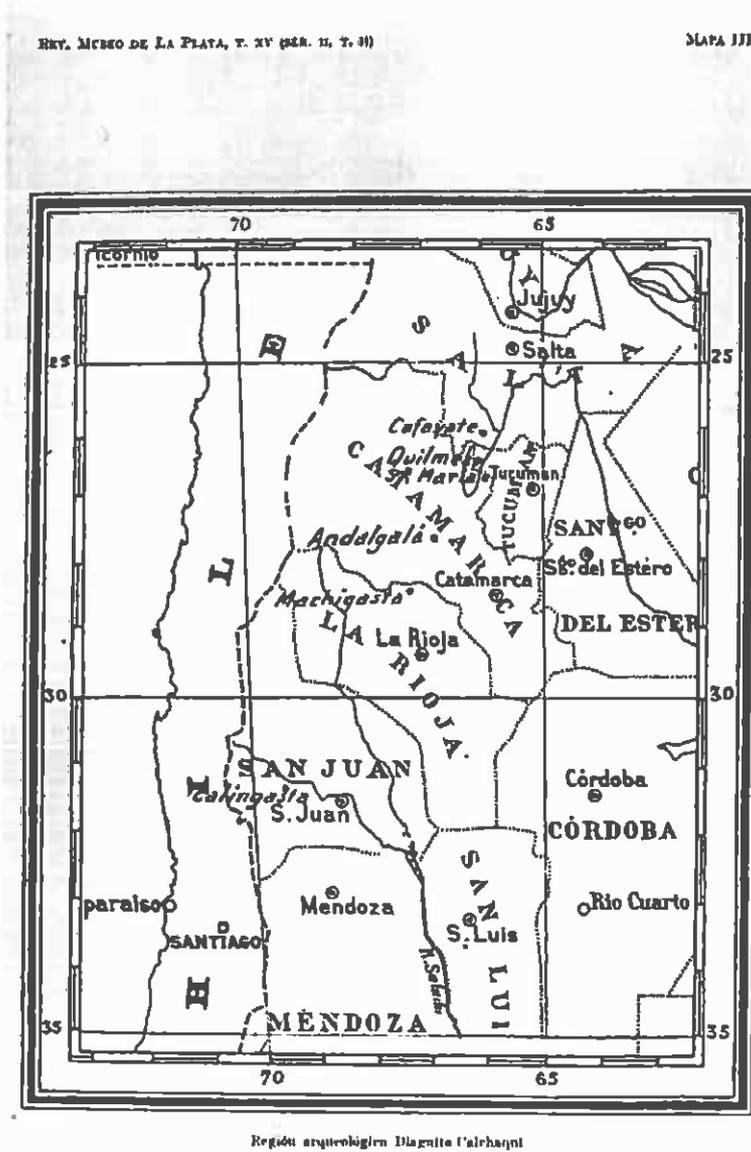
mero acto burocrático de repetirla. El segundo circuito exitoso del sistema Delachaux ocurre entre las editoriales argentinas y el público consumidor de los manuales escolares nacionales: los maestros de educación primaria y secundaria quienes, como los arqueólogos, adoptaron rápidamente la clasificación geográfica y, además, hasta el día de hoy, se encargaron de propagarla mediante la repetición de los dispositivos visuales de la industria escolar. Podríamos decir que, de esta manera, los científicos, a través de una socialización primaria, incorporan los restos de la historia de su disciplina a las prácticas del siglo XXI (Podgorny, 1999 a), olvidando su origen o mejor dicho su emergencia y cómo este sistema de ordenamiento se impuso sobre otros.

Así, en 1909 Lafone Quevedo presenta una de las primeras síntesis etnológicas de la Argentina en el Cuarto Congreso Científico de Buenos Aires donde cuestiona los límites políticos actuales como criterio para delimitar las clases etnológicas y el uso de “límites naturales” para establecer de manera rigurosa la distribución etnológica de la Argentina. En este trabajo de sistemática etnológica combina dos criterios: la determinación de ‘nombres’ para designar tribus e indios y, por otro lado, la de ‘regiones’ (territorios y provincias) (Lafone Quevedo, 1909, Farro, 2013). Las ideas de Lafone sobre la sistemática de los pueblos aborígenes no tiene traducción en las exhibiciones y su huella sólo se halla en las publicaciones que realizó sobre el tema (Farro, 2013).

Antes, Lafone Quevedo en 1908 había presentado los tipos de alfarería de la región diaguita-calchaquí y los acompañaba de tres mapas históricos (Lafone Quevedo, 1908) (Imagen V-4) recomendando:

*“No obstante ser éste un estudio de índole esencialmente arqueológica, se ha creído conveniente acompañarlo con tres mapas históricos: los dos que se refieren al primer medio siglo de su conquista, y el tercero, a la distribución geográfica de los objetos arqueológicos de que se trata en este estudio. Cada día se hace más y más necesario que todo trabajo de historia, de lingüística, de arqueología, etc., lleve sus mapas más o menos detallados que faciliten la relativa ubicación de cuanto se describe: sobre todo en lo que corresponde al presente ensayo puesto que por lo pronto la base de nuestra clasificación para los objetos arqueológicos de la región Diaguita-Calchaquí es principalmente geográfica, y por la sencilla razón de que es la única más segura y por la que alguna vez acaso alcancemos a llegar a la cronológica” (Lafone Quevedo 1908: 297, subrayado de la autora)*

Imagen V - 4



Mapa Región Arqueológica Diaguito-Calchaquí, tomado de Lafone Quevedo, 1908

Los trabajos arqueológicos, como Lafone se veía en la necesidad de aclarar, hasta ese momento no incluían mapas o la distribución de los restos en el espacio. Lafone opta, sin embargo, por incluir mapas regionales históricos porque, como señalará una y otra vez, los mapas políticos contemporáneos muestran límites engañosos para entender la historia de momentos anteriores a la aparición de las fronteras actuales. En este sentido, Lafone sigue las propuestas de Holmes, aclarando que el ordenamiento geográfico se presenta como el único seguro pero nunca el definitivo. La distribución de las antigüedades en el mapa se trataba de un momento transitorio hacia la deseada cronología de la historia cultural. A pesar de ello, primaron los “criterios pedagógicos” y la seguridad dada por los límites actuales como criterio para disponer de los objetos en distintas clases. Frente a la dudosa antigüedad de los restos y a las clasificaciones cronológicas de un pasado acusado de construirse sobre la base de falsificaciones y de secuencias inexistentes, la división política contemporánea aparecía incuestionable (Podgorny, 2005 b). Así, Eric Boman, ese mismo año publicaba una “carta étnica” de la región andina del siglo XVI, donde el área asignada a los diaguitas se recortaba contra la cordillera de los Andes, haciendo coincidir la frontera de los pueblos prehistóricos con la frontera entre Chile y la Argentina (cf. Podgorny, 2004).

#### **La restauración geoétnica**

En 1910 Félix Outes, secretario y director de publicaciones del Museo de La Plata, y Carlos Bruch, fotógrafo y jefe de la Sección Zoología del Museo (sobre Bruch cf. Martínez 2011), publican por Ángel Estrada y cía., *Los aborígenes argentinos*, una síntesis del estado actual del conocimiento de los pueblos indígenas. *Los aborígenes argentinos* fue definido como un “pequeño libro” que resumía con documentos iconográficos numerosos “antecedentes reunidos hasta ahora a propósito de los habitantes prehistóricos de la República, los que existían en el momento de la conquista y los que aún subsisten, precariamente, en algunas localidades lejanas” (Outes y Bruch, 1910: 5). Alcanzó una gran difusión que se prorrogó en varias ediciones hasta la década de 1950. El libro se había editado en el mismo formato que los manuales escolares de la época y asumió esta función por mucho más tiempo del que los autores podían imaginar. En el prefacio, hacían suya una frase de Ricardo Rojas (1909: 467): “esta restauración del propio pasado histórico debe hacerse para definir nuestra personalidad y vislumbrar su destino”.

Cada capítulo fue estructurado como unidad según la conjunción historia-geografía. Los pueblos aborígenes “históricos”, agrupados según “provincias geoétnicas” y descriptos a partir de sus caracteres físicos, aspecto exterior y lenguas, usos y costumbres. Pero mientras para los pueblos históricos se adopta una clasificación geoétnográfica, para los tiempos prehistóricos se sigue utilizando la cronología geológica, incluyendo -y discutiendo- los problemas que plantean las hipótesis ameghineanas (cf. Politis y Bonomo, 2011, Podgorny 2005b, 2009, 2011). La clasificación de los tiempos prehistóricos de la República Argentina considera un Período Paleolítico

(hallazgos de los pisos Ensenadense y Bonaerense), un Período Neolítico (terrenos post-pampeanos), Período Neolítico (agrupaciones que hallaron los conquistadores), y Edad del Bronce (pueblos históricos y sedentarios del Noroeste argentino). Los pueblos históricos neolíticos son agrupados por regiones que no coinciden exactamente con las de Delachaux. En suma, en esta obra, la primera escrita para la divulgación general, Outes y Bruch concurren al llamado a definir la historia argentina acuñando la clase “aborígenes argentinos” desde la prehistoria a los tiempos contemporáneos. Es de destacar que “los aborígenes” si bien “argentinos” siempre, no representaban la prehistoria: es el país o el territorio el que contiene evidencia de dicha etapa por la que ha pasado toda la humanidad (Podgorny, 2009). La distinción entre aborígenes prehistóricos e históricos luego se perdería y, con ella, la dimensión temporal. Outes y Bruch, aunque son de los primeros en preferir la distribución espacial para presentar una síntesis de la etnología argentina, no la llevarán a los tiempos prehistóricos, un aspecto que Torres destacaba en su trabajo de 1906 donde, como vimos, quería llevar a la arqueología los criterios de catalogación que Lehmann-Nitsche había adoptado para las colecciones de antropología física. En efecto, Outes, aunque polemizando permanentemente con Ameghino, seguía pensando en términos de “edades” y así clasificó los instrumentos de la “edad de la piedra en la Patagonia” (Outes).<sup>1</sup>

Pero en 1910 aparecería una obra cuyo éxito editorial sería aún mayor: *La historia argentina en cuadros para los niños* de Carlos Imhoff y Ricardo Levene, profesores de historia argentina en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Publicada en 1910, para 1917, su 18ª edición contaba más de 220 mil ejemplares. Joaquín V. González alababa este nuevo libro escolar, resultado de la “feliz inspiración y la labor patriótica” de quien, a pesar de ser despreciado por los compañeros de su generación por su falta de formalidad y de información (Molinari, 1918), terminaría ocupando las posiciones más decisivas en la organización del campo de la historia en la Argentina de

1 Félix Outes fue luego el organizador y director de la Sección de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires donde la geoétnica basada en Delachaux es redefinida como Antropogeografía y donde el peso de lo geográfico se define como determinaciones mesológicas (Outes 1921). En 1930 asume la dirección del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires, propendiendo a la reorganización del mismo desde los criterios geográficos (Outes 1931). En 1927, en ocasión de la visita de Kart Sapper a la Argentina, la Embajada alemana organizó un desayuno en honor de este propagador de las ventajas de la antropogeografía que contó con la presencia de, entre otros, Elina Correa Morales (Sociedad Gaca), Félix Outes, Coriolano Alberini y Lehmann-Nitsche. En esa ocasión se designaron como miembro honorario de la “Geographische Gesellschaft in Würzburg” a G. Acha de Correa Morales y, como miembros corresponsales, a Outes, Pastore, Luis María Torres y Najara, estos dos últimos ausentes. El embajador, en esa ocasión y probablemente bajo inspiración de Lehmann-Nitsche, caracterizó a Outes como alguien quien “schon von einem frühen Alter an dem Studium der Anthro-Geographie gewidmet hatte, um heute eine überragende Stellung als Leiter der hochinteressanten Veröffentlichungen des Geographischen Instituts der Philosophischen Fakultät einzunehmen, und der ausserdem über jene Gebiete viele und bedeutende Arbeiten verfasste”, “Aus der Gesellschaft”, *Deutsche La Plata Zeitung*, 4 de Septiembre de 1927 (Archivo IAI, Berlín, cf. Podgorny, 2002 b).

1930 (Myers, 2004). Sin embargo, sus críticos reconocían en Levene una capacidad extraordinaria para hacerse de protectores y, en ese sentido, “la historia ilustrada”, no los contradice. El prefacio de la primera edición, firmado por el presidente de la Universidad de La Plata, celebraba la corriente nueva de los textos para niños y jovencitos de las escuelas comunes y primeros años secundarios, abandonando

“la estéril narración ‘in extenso’ y razonada de las antiguas enseñanzas mnemónicas, para procurar el mejor resultado por la impresión más viva y duradera en el alma del escolar, por estos tres principales medios:

- 1.- El relato breve de los hechos culminantes, elegidos con certero criterio social y orden cronológico, para crear en la inteligencia la sucesión ordenada de los acontecimientos que constituyen la vida de la Nación, dejando a la conversación de la clase y a la propia investigación del alumno, la tarea intensamente educativa de colmar los vacíos;
- 2.- La acentuación del aspecto anecdótico de la historia que para la edad infantil y adolescente posee una profunda virtud sugestiva (...)
- 3.- El empleo de la imagen, tan amplia y tan justamente difundida en estos últimos tiempos como auxiliar de toda clase de estudios, y en particular en los de historia y geografía, a los cuales sirve de tal modo, que constituye hoy uno de sus elementos más esenciales. La imagen ha sido y es cada día más juzgada por los sabios pedagogos, como el alma de la enseñanza de las ciencias morales en las primeras edades de la vida. ella completa conceptos, relatos y descripciones; substituye en su poder sugestivo a la naturaleza ausente en la clase o del cuarto de estudio, preparando al niño a interpretarla mejor cuando se halla en su presencia; reemplaza, -y es honesto decirlo,- la insuficiencia, la vaguedad, la timidez, la pobreza o la discreción ocasionales de la formación histórica y como la lámina en la fábula, la aconseja o el cuento moral, ahonda en el alma juvenil la impresión del detalle, el rasgo conductor, la intención no manifiesta. La historia, más que ilustrada, referida por la imagen misma, tiene una existencia y un interés distinto del de la obra literaria, difícil de realizar en estos grados de la escala didáctica; vive por el poder evocador del arte, se graba con el doble interés patriótico y humano, y crea en la conciencia del estudiante ideas propias, por la inducción subconsciente que la figura en sí misma provoca en el observador.” (González, 1910 [1917]: prefacio de la primera edición).

Esta confianza en la imagen, analizada por varios autores tanto en la historia de la educación como en la enseñanza de las ciencias, forma parte del credo escolar que también promovían las “lecciones de cosas”, pero sobre todo, se vuelve una realidad ligada a la industria de la imagería escolar. “La historia ilustrada” empezaría con el descubrimiento de América para pasar a los “primitivos habitantes de nuestro país” clasificados en tres razas: la Quichua, la Guaranítica y la Araucana. La gran novedad de este libro no sería la ubicación del capítulo en los inicios de la historia argentina (cf. Podgorny, 1999 a) sino la incorporación de un mapa con la “División territorial de las razas indígenas” (Imhoff y Levene, 1910 [1917]: 20) (Imagen V- 5), que, a pesar de tener como base el mapa político argentino, se extendía a los límites del antiguo virreinato del Río de la Plata, una de las futuras obsesiones de Levene.<sup>2</sup> Curiosamente y quizás gracias a esas carencias de formalidad que Molinari le achacaba a Levene, las regiones geotónicas, en la versión para niños, se transformaban en una distribución de las razas en el mapa.

**Imagen V - 5**



“Primitivos habitantes de nuestro país- División Territorial de las Razas Indígenas”- Tomado de Imhoff y Levene 1910 [1917: 20)

2 Siguiendo las convenciones de la época, no se incluían las islas Malvinas.

En un proceso aún por estudiarse, este libro, junto a la serie de manuales prolijados por Levene y por la repetición de los esquemas de Luis María Torres, configuraron una conjunción de imágenes y mapas que, con variaciones de color y estilo, se repitieron durante todo el siglo XX. Como hemos subrayado en otra parte (Podgorny, 1999 a, 2004), las instituciones y los museos proveerían imágenes para las editoriales escolares argentinas. En parte, debido a los contratos para publicar a través de ellas las revistas y anales académicos; en parte también a los diferentes vínculos que los profesores e investigadores argentinos establecieron de manera individual con la industria editorial escolar, fuente de ingresos y garantía de futuro.

Así, Luis María Torres llevaría la clasificación de Delachaux al *Manual de Historia de la civilización Argentina* (1917), obra conjunta de Rómulo Carbia, Emilio Ravignani y Diego L. Molinari, representantes de la llamada “Nueva escuela histórica”. Esta obra, que se presenta como una sistematización de los procedimientos científicos a través de la enseñanza, contiene dos aspectos novedosos. El primero, el uso del término “civilización” para designar ya no la etapa última de la evolución sino un “tipo ideal de vida” que existe desde los inicios de la Humanidad. El segundo, la transformación de los datos arqueológicos y etnográficos en “prehistoria” y “protohistoria” respectivamente. Pero tanto para Torres (1917 b) como para los otros colaboradores, para hacer la historia de la civilización argentina es necesario volver a ordenar lo que hasta ese momento había sido hecho sin un método adecuado. La enunciación de esa necesidad debe interpretarse como la irrupción de nuevas reglas sostenidas por quienes buscan afianzarse en las instituciones locales que como una falta de ellas en momentos anteriores. En este manual, las categorías temporales, espaciales y tecnológicas que se utilizan para la prehistoria europea se condensan para América en categorías espaciales. La clasificación se transforma así en una geoetnografía y el territorio argentino en la base para determinar las “regiones geoétnicas” (Torres 1917: 69). Así, en este manual, Torres elige la geografía de Delachaux para la clasificación de la prehistoria y la protohistoria de la civilización argentina, adoptando las regiones geográficas para ordenar la descripción de los restos arqueológicos. Para Torres, la cronología no deja de ser un problema, pero la polémica acerca de la edad de los pisos geológicos del territorio argentino y, los así considerados, poco numerosos estudios estratigráficos y paleontológicos hacen que adopte un “criterio agnóstico en lo que respecta a la edad relativa de los pisos, estratos y zonas” (Torres, 1917: 63). Las referencias a la edad de los tiempos prehistóricos se hacen subrayando su carácter provisional, inseguro y polémico. Torres adopta el ordenamiento geográfico -denominándolo “geoétnico”- de manera provisorio hasta tanto los restos arqueológicos puedan, algún día, ordenarse por su mayor o menos antigüedad. De esta manera la región geográfica se consolida como criterio para la clasificación cultural de los tiempos prehistóricos de “la vida de las poblaciones argentinas anteriores y coetáneas a los descubrimientos y exploraciones del siglo XVI; antecedente fundamental de los nuevos factores sociales que dan origen al proceso constructivo de nuestra nacionali-

dad” (Torres, 1917: 70). Casi paralelamente, en 1918 se presentaba otro plan -nunca concretado- para la elaboración de una historia argentina, concebida en once volúmenes, cada uno a cargo de uno de los miembros la Junta de Historia y Numismática. La escritura del primer tomo dedicado a la prehistoria y protohistoria, hubiese estado a cargo de Outes (Ravina, 1995: 72 y nota 52).

El plan de clasificación de Torres fue adoptado también al reordenar los materiales de las salas de arqueología y etnografía del Museo de La Plata, cuando Torres en 1920 asume su dirección. Enuncia entonces, como uno de sus objetivos principales, el ordenamiento de las exhibiciones. Durante su gestión el Museo adquiere el rango de Instituto por estatuto del Poder Ejecutivo nacional y, por otro lado, es definido como museo de historia natural, carácter que no tenía hasta ese momento, por lo menos de manera oficial. Recordemos que había sido creado como “Museo General de la Provincia” y en su plan original incluía las artes y la industria (Podgorny, 1995). El nuevo ordenamiento del Museo puede considerarse completo cuando se logra finalizar el inventario de los materiales depositados en los departamentos científicos y en 1927 se edita una guía para visitar el Museo de La Plata. En ella, los capítulos dedicados al departamento de Antropología fueron redactados por Lehmann-Nitsche. Torres escribió las secciones del departamento de Arqueología y Etnografía. Lehmann-Nitsche explicaba entonces cuáles eran los problemas de la antropología contemporánea y presentaba el tipo de materiales que el visitante encontraría en las vitrinas. Se exhibían dos problemas científicos: el hombre fósil y el hombre actual, el primero con su propia vitrina. Bajo “hombre actual” se presentaban los aborígenes y los huesos patológicos de contemporáneos al público, alienados y delincuentes. Las colecciones de cráneos mantenían el orden según las regiones de Delachaux pero otros materiales se presentaban según las propiedades físicas que surgían de “sí mismos” (“cabellos”, “pigmento cutáneo”, “pigmento irídico”, “cerebros”, “cadáveres y cabezas disecadas” entre otras). Luis María Torres, por su parte, ratifica los criterios de 1917: las colecciones arqueológicas y etnográficas adoptan el criterio “geoétnico”, como una serie cultural para cada región física del territorio argentino siguiendo, en este caso, las líneas de Holmes en 1901. El reordenamiento conceptual y material refuerza las dificultades implicadas en el problema de la antigüedad de los pueblos aborígenes. Hacia 1930 convivían en el Museo de La Plata dos momentos de la sistemática regional de Delachaux: una, la adaptada por Lehmann-Nitsche alrededor de 1900 para la sección Antropológica; la otra, la adaptada por Torres -basada en Delachaux (1908)- para las Salas de Arqueología y Etnografía argentinas. Aproximadamente en 1935, Torres reedita por separado y por la editorial Kapelusz *Los tiempos Prehistóricos y Protohistóricos de la República Argentina* modificando el mapa de la edición de 1917 y llamándolo “Las cuatros regiones naturales del territorio argentino” (Torres, 1935: 53). En competencia por el público escolar y docente con el de Outes y Bruch (1910) o los de Levene, los libros de Torres nunca alcanzaron su popularidad.

Para entonces, en la dinámica propia de la industria educativa, los mapas geográficos ya circulaban despojados de su origen provisorio. Habiéndose olvidado que habían resultado de la adaptación del sistema Delachaux a la clasificación de las colecciones antropológicas de la Argentina, se colorearon, se colgaron en las aulas, los alumnos los dibujamos en nuestros cuadernos. En la arqueología, si bien no sobrevivieron exactamente con la misma forma, adquirieron estatuto de necesidad a tal punto que hasta hace poco la disciplina seguía pensándose, en la Argentina, en términos similares. Basta recorrer el programa de cualquier congreso de arqueología para constatarlo. Más aún, las reflexiones historiográficas pocas veces pudieron escapar a este condicionamiento (cf. Fernández, 1979-80 y la bibliografía en Podgorny, 1999 b) y tácitamente aceptaron organizar la historia por subáreas arqueológicas, sin preguntarse cuándo y cómo los criterios geográficos-regionales empezaron a organizar los datos y los objetos que constituyen su base. En ese sentido, podríamos arriesgarnos a concluir que la eternidad de lo provisorio y el automatismo burocrático del catálogo y del mapa escolar, aún no se han desactivado.

#### **Agradecimientos**

Los comentarios de Máximo Farro y Susana García, Carla Lois y Verónica Hollman me permitieron revisar este trabajo, cuya reformulación dedico a José Antonio Pérez Gollán y a su interés por la cultura material de los museos.